

---

## Entre lo simbólico y lo real

**Josep Borrell**

---

Al final de las vacaciones, en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo en Santander, retomamos el debate sobre el actual *impasse* que vive el proyecto europeo.

El verano, plagado de desgracias causadas por la Naturaleza y los humanos, ha aportado pocas novedades, salvo las relacionadas con las importaciones de textiles chinos y la inminente apertura de las negociaciones con Turquía.

Pero ambos acontecimientos son bien representativos de los dos problemas básicos a los que se enfrenta la UE: la definición de sus límites geográficos y su respuesta a la globalización económica. Y en ambos problemas lo simbólico interacciona con lo real y a veces ocupa su lugar.

El debate constitucional en Francia generó una figura simbólica: el "fontanero polaco", síntesis exacerbada de los temores que provoca la ampliación al Este. Aunque tenga muy poco que ver con la realidad, ese personaje mítico tuvo mucho que ver con el resultado del referéndum y pasará sin duda a la historia de la comunicación política.

Ahora podemos estar inventando otro símbolo: el pantalón o el tee-shirt chino, uno de esos que se amontonan, dicen, por millones en los puertos de Europa. La mitad de sus estados, que ya no tienen industria textil que proteger, desean que se les dé barra libre y aprovechar sus bajos precios, mientras que la otra mitad se opone a su entrada porque todavía le quedan empleos en el sector.

La simplificación simbólica del problema esconde así toda la complejidad de una misma política comercial para estados con intereses contrapuestos.

Lo mismo podemos decir de la cuestión turca, una de las que más dividen a los europeos, cargada de los simbolismos del viejo Imperio Otomano, que fue, durante siglos, el enemigo hereditario de muchos países del Este, tanto como lo fueron entre sí franceses y alemanes.

Dimensión y globalización enmarcan así el inicio de un curso político especialmente importante. El proyecto europeo se encuentra ante un momento capital y necesitamos una nueva visión de su futuro. Una visión que logre ilusionar de nuevo y que tenga sentido para los jóvenes, como éstos reclaman en el seminario de Santander. El voto mayoritariamente negativo de la juventud francesa a la Constitución europea es un dato que no se puede pasar por alto.

Esos jóvenes percibieron también el divorcio entre lo simbólico (la incorporación de la palabra "Constitución" y las modificaciones institucionales) y lo real (el contenido de las políticas concretas que no representaban cambios trascendentales o

fácilmente explicables).

La ruptura explícita entre lo simbólico y lo real se pudo producir en el debate televisado entre el presidente Chirac y un grupo de jóvenes. Acosado por sus preocupaciones relativas a su vida cotidiana —empleo, vivienda, salud, educación—, el responsable político tuvo que repetir que la Constitución no tenía que ver con eso.

Entonces... por qué tiene que interesarnos?, fue la respuesta que quedó flotando en el ambiente, mientras el presidente tenía que reconocer que no les entendía.

La imagen de unos responsables políticos que privilegian lo simbólico, frente a unos ciudadanos preocupados por la realidad de sus problemas, sin llegar a hacer el nexo de unión entre símbolos y soluciones, parece ser una constante de las democracias avanzadas, o envejecidas. Y podría sin duda aplicarse también al actual debate sobre las reformas de Estatutos en España.

Por ello, creo que hasta que el proyecto europeo no vuelva a conectar con lo real, con las preocupaciones de los ciudadanos en su cotidianidad, no conseguirá movilizarles de nuevo.

Pero quizá sea bueno recordar que, en realidad, el proyecto de integración europea no se ha hecho nunca desde el apoyo masivo de una ciudadanía que lo reclamaba expresamente. Fue más bien una construcción elitista en su origen e intergubernamental en la mayor parte de su recorrido. Pero ese "despotismo ilustrado" ha quedado definitivamente sepultado por los referendos francés y holandés.

Como tampoco será posible seguir avanzando sin definir lo que se pretende conseguir, lo que queremos ser y hacer juntos. Hasta ahora, el único objetivo claro era la paz en el continente y la interdependencia económica para conseguirla. Durante mucho tiempo se eludió definir claramente otros objetivos para evitar, ante la disparidad de criterios, perder parte de los "pasajeros" dispuestos al viaje.

Pero ahora el riesgo no es perder parte de los pasajeros, sino el viaje entero, es decir, la viabilidad de un proyecto de integración política capaz de desempeñar un papel en el mundo globalizado.

Y aquí aparece de nuevo lo simbólico: mercado *versus* política. La Europa-espacio (y si sólo es un mercado, ¿por qué no lo mas grande posible?), frente a la Europa-potencia (y para ser fuerte, ¿es mejor ser grande, con Turquía dentro, o mas cohesionado?).

La respuesta real tardará en venir, pero es importante desarrollar desde ahora el espacio público europeo necesario para un debate paneuropeo, evitando que sigamos atrincherándonos en respuestas nacionales.

Ya decía Tocqueville al analizar la incipiente democracia en América que "las naciones, como los hombres, sólo logran engrandecer su destino a través del diálogo y del debate pacífico".

Conocer la Europa que realmente queremos es, sin duda, la mejor forma de afrontar nuestro futuro.